

CYNTHIA MENÉNDEZ

Son como glaciares los barcos de acero

Traducido del gallego por la autora

A Thomas

Entre nós e as palavras há metal fundente

Pena capital,
Mário Cesariny

No SE QUITABAN EL mono de currelas ni para las reuniones ni para las cañas ni para ningún acto público. El mono era en sí mismo la protesta y el motivo. No se sacaban el mono de currantes jamás, y si el frío pegaba fuerte pues por debajo del mono mismo se ponían las ropas de invierno y el cuello azul quedaba a la vista siempre. Pintaban con rodillos gruesos en la carretera a la entrada del astillero NON A PRIVATIZACIÓN y repartían pegatas con el lema que colocaban en coches, en farolas, en semáforos, en portales, en ventanas, en autobuses y en comercios. En las carpetas para el colegio las llevábamos pegadas Cris y yo y en el patio del recreo coloqué alguna a escondidas porque quería hacerlo pero no ser visto.

POR AQUEL ENTONCES APARECÍAS el jueves por la noche, al salir del trabajo, y no te marchabas ya hasta el domingo. Tan solo nos separábamos durante la jornada laboral, y yo te esperaba siempre en el café de al lado. Así llegaba el domingo, y a mí me entraba una angustia desde el primer intercambio de palabras, angustia por separarnos, por los días sin verte, por el tiempo perdido. A veces me anticipaba tanto que ya el jueves te recogía triste y tú me decías, pero por favor, Pedro, por favor, no seas triste, que eres un triste, un tristón, un perrito en el arcén, ovejita de camino a trasquilar. Y más animales que decías, y ahí ya sin parar nombrábamos las especies más extrañas.

PADRE ERA UN OSO, y así lo llamaba madre cuando no escuchábamos. Era un oso pardo que había entrado en período de hibernación y al que las truchas se le escapaban como agua entre las garras. En el río de la vida el agua se había vuelto densa como barro y aún más turbia. Madre se doblaba en la orilla como las lavanderas de San Simón y sacaba brillo a las prendas más opacas. Cuando llegó septiembre fue ella la que lo despertó con himnos partisanos y meriendas. Una tarde, justo antes de volver las clases y los horarios, le dijo, mi oso, mi osito, hasta aquí hemos llegado, y sonó el timbre durante al menos media hora y el salón se fue llenando de compañeros del astillero. Madre ofreció cervezas y aceitunas y abrazó y besó a todos y a todas, como dando la bienvenida a un nuevo mundo. Madre sacerdotisa, madre chamán, madre superestrella, faro eterno.

Jamás nos apartaron a los hermanos de las reuniones, y así conseguimos fingir un aura de seriedad cuando era preciso y ya, sin fingimiento, disfrutábamos de los aperitivos y de las anécdotas y de los momentos que eran para la alegría. Pues había mucho de eso también gracias a madre y a Pepe, que les bajaban las marchas cuando era preciso a padre y a Viéitez, que vaya con Viéitez. Pepe era camarada de padre, y como él, pata negra. Los pata negra eran aquellos que habían pasado los cursillos y sacaban adelante lo que hiciera falta. Lo mismo te soldaban una pieza que estaban en lo alto del barco controlando la ciudad. Pepe era enorme y tenía los brazos y el pecho llenos de pelo negro. Sus manos eran tan grandes que

cuando llegaba a casa y levantaba a Cris llamándola *princesiña*, yo me ponía todo tenso por si la rompía en dos. Era tan grande, Pepe, pero tan grande, que todos lo llamaban Pepiño. Viéitez, en cambio, era más serio, y lo saludábamos con respeto o con miedo, que para nosotros venían a ser lo mismo. Viéitez era el representante de los trabajadores. Tenía un bigote como el de Gepetto, pero aún más vasto y amarillo del cigarro. Las gafas resbalaban por su nariz y parecía que el propio bigote las sujetaba. Se ponía siempre muy nervioso, agarraba el lapicero como batuta o amuleto, golpeaba la mesa con la carpeta azul y basta ya de *caralladas*, decía cada dos por tres. Estaba también Benito, que era un jodón, o eso decía siempre padre. Benito era de Redondela y llegaba siempre haciendo sonar el claxon de su Renault 19. La bala plateada, decía al bajarse, y le daba con la palma abierta un par de golpecitos en el capó como a un perro o un caballo. La bala plateada o, más bien, una tartana que echaba humo incluso aparcada y que parecía que no había pasado jamás por un taller. Al lado de la colección de estampillas, en el salpicadero, bailaba un Elvis Presley que había perdido los colores de estar parado en la avenida de Beiramar. Los asientos revestidos de bolitas de madera aliviaban su lumbalgia, o eso juraba Benito. Benito era un *classic senior*, con su palillo entre los dientes, cajetilla de Winston en el bolsillo de la camisa, el pelo revuelto y las gafas de sol colgando de la cadena dorada.

No faltaba de beber ni de comer, porque eso habría sido una vergüenza, y mejor andar descalzo o con los pantalones remendados que no tener las alacenas llenas.

La primera tarde allí en el salón de casa, se decidió como cuando se escoge papa, tras largas horas y fumata blanca, que no se iban a aceptar las cosas como venían. Fue algo mágico, había una suerte de comunión en el ambiente y en la celebración y fue así como se coció la primera de las contiendas en el astillero: se convocaba huelga indefinida.

LOS MESES SIGUIENTES A aquel encuentro se sucedieron de igual manera, organizados e impredecibles. Las reuniones en casa eran continuas. De primero, aparecía siempre Pepiño, siempre de primero, con helados y cromos y bromas y cariños. Luego aparca-ba justo enfrente Benito, que, en vez de tocar el timbre, tocaba el claxon, y ahí como perros salvajes, como lobos, como cabras montesas atravesábamos Cris y yo el pasillo para abrir la puerta y escuchábamos a padre que decía, este Benito es un camándula, un miserable. Y nosotros en modo juguetón avivando la llama para que Benito se soltase y poder reírnos hasta desinflarnos. Ya está aquí Beni, todo está bien, todo funciona, vengo con la palabra y la sabiduría, pregonaba, y nos partíamos de la risa como cuando en misa el cura se ponía a decir que éramos todos hermanos y habíamos llegado al mundo desnudos sin más ropa que la piel. Cuando no estaba, padre y Pepiño lo llamaban Benito Camelas, y tanto pero tanto nos reíamos Cris y yo sin entenderlo... Benito llegaba con sed y con *compact discs* de música brasileira. Siempre con sed llegaba Benito, y madre le ofrecía las cervezas más fresquitas de la nevera. Un día Benito nos contó que había crecido sin madre ni padre, que lo habían criado sus abuelos porque sencillamente padres no había, no existían, y casi a la misma edad que tenía yo se había puesto a trabajar en la viña. A veces venía su mujer, que era de Florianópolis, el lugar más bello del mundo, *cidade de deus*.

Se llamaba Rita y todo lo explicaba con canciones. Nos decía las palabras más bonitas, *meu amor, meu coração, menino lindo*.

Vivían en la casa familiar en Redondela, antes del viaducto viejo, ya en la nacional 550, a la altura del muro. Los meses de primavera abrían el garaje para vender el vino con platos de empanada de pan de *milllo*, de *zorza*, de *raxo*, de *pementos* de Padrón. *Non hai viño coma o de furancho*, gritaban todos, y juntaban las *cuncas* rebosantes, que al chocar las unas con las otras se vertían y todo se mezclaba como pócima o conjuro. Y ya las mujeres se arrancaban a cantar, y algunas sacaban panderetas y conchas de vieiras que nos ofrecían para que las rascáramos, y nosotros las recogíamos con solemnidad. A veces, el vino y las canciones ponían tristes a hombres y a mujeres por igual, y en más de una ocasión se mojaban las mejillas y en el abrazo desbordaban las lágrimas y saltaban de una cara a otra como bálsamo o ungüento. Entonces todos a una, rompía primero Carme, la mujer de Pepiño, que llevaba siempre mil pulseras que retumbaban más que las panderetas y las vieiras, que hacían temblar el vino de las *cuncas* y los bancos de madera: *Porque ha perdido una peeeeerla, llora una concha en el maaaaar*. Y se unían todos los vecinos de Benito, a los que no conocíamos pero con los que compartíamos los platos y los manteles y las chaquetas.

A la llamada de la naturaleza, al timbre del recreo, al último día de vacaciones, a la tocada de telefonillo después de comer, a la orden nos levantábamos todos en perfecta eucaristía y extendíamos nuestros brazos agarrando al resto de los hombros. Y Cris y yo, que no llegábamos, pues nos subíamos al banco de madera y participábamos del círculo gritando hasta que el aire nos faltase:

Por todo lo que más quieeeeeras, dimeeeee que sí. Por tu madrecita bueeeeena, dimeeeee que sí. Que me vas a querer taaaanto como yoooo te quieeeeero a ti.

SE HACÍAN LLAMAR EL G7 cuando trabajaban repartidos por el astillero. Se juntaban en las pausas o a la hora del almuerzo y respondían con unanimidad por el grupo. Y al salir, al acabar la jornada, cuando se reencontraban todos con sus parejas e inundaban los bares y las calles, eran entonces el G7x2.

Siempre juntos iban los siete a pesar de desempeñar funciones distintas en el astillero. Por un lado estaban padre y Pepiño, los patas negra, que cada semana tenían una misión; luego Viéitez, que se encargaba de las reuniones y los escritos y de poner orden. Estaba Benito, que era tubero, y Suso y Alonso, que estaban a bordo, en las gradas. Y por último el Grañas, el *baby*, el poeta, que era fregador.

Durante los meses anteriores a la huelga, cambiaban todos de puesto continuamente, de turno y de jornada. Sin aviso ninguno, padre aparecía por casa a veces para comer, otras entrada la noche. Había días en los que no se levantaba y nos lo encontrábamos al volver de clase o del parque todavía con el pijama y las pantuflas, con *jet lag* o con hastío. Luego, de repente, otra vez el mono azul y las botas negras el día entero. El primero en irse a la calle de forma aparentemente definitiva fue José Manuel Graña Iglesias, el Grañas.

El Grañas era el más joven del G7 y además no llevaba tantos años en el astillero como el resto. Los otros habían vivido las huelgas de la década de los setenta, algunos se acababan de incorporar cuando todo estalló y otros construían los barcos desde hacía aún más tiempo. Estaban curtidos, se sabían preparados. No así el

Grañas, que andaba aquel año por la treintena. Era tímido el Grañas, a veces parecía que estaba más cómodo hablando con Cris y conmigo que con el resto de la cuadrilla y a menudo era retraído y reservado. Excepto, claro está, en las grandes celebraciones y conforme se avanzaba en la lucha, pues se encarnaba toda en él y nos regalaba sus poemas, que hablaban sobre el astillero y sobre los uniformes, sobre las pausas para fumar y sobre los pájaros negros que acechaban en las grúas y en los barcos y aún más lejos en los grandes despachos que no sabía el Grañas dónde estaban pero los detallaba en sus versos y los veíamos todos con suma claridad.

El Grañas salía con Marie, que era oficinista en el astillero y se encargaba de las llamadas a Francia. Era tan joven como él, su familia había emigrado de Bretaña y todos la llamábamos Maguí. Un poco me gustaba a mí Maguí, que era alta y rubia y llevaba el pelo largo, largo, largo hasta la cintura, a veces con una trenza; otras, las mejores, lo dejaba al aire y los rizos le rozaban el pecho. Era blanca muy blanca y solo había que pronunciar su nombre o esperar a que pasaran las horas en el salón de casa para que su piel entera se volviera rojiza como tulipán. No sé qué magia usaba de perfume, pero todavía puedo recordar cómo inundaba nuestra casa. A mí me olía a las maravillas del Nuevo Mundo, al cielo, a pasteles, a jardines. Si olía con ganas siempre me mareaba y, cuando se marchaban todos, me sentaba en el sitio que ella había ocupado y me quedaba tranquilo, borracho de flores, en paz.

La primera vez que los vi besarse al Grañas y a Maguí fue en la manifestación de Santiago de Compostela. Salimos todos juntos con los coches y padre y madre nos dejaron a Cris y a mí ir en el coche de Benito cantando en portugués y comiendo *paçoquinhas* que Rita sacaba de su bolso, lleno siempre de riquezas. *Paçoca de amendoim* para reírse y tener mucha energía y gritar con el resto por las calles de la capital. Era tan fuerte ese maní que nos regalaba Rita que a veces se me iba la energía por la boca y luego la sentía fuerte en el pantalón y tenía que apretar las piernas hasta que se

fundieran la una con la otra y ser un chaval con una pierna nada más. Apretar y apretar y pensar en Rita y en Benito y en Caetano Veloso y en Chico Buarque y en la música para la revolución y no en Maguí y en sus bufandas embrujadas de perfume. Pensar fuerte en la música para la revolución y no en haberme cruzado con ella, en su brazo rozando el mío antes de salir. ¡Qué bellos los coches esperando en doble fila y las gentes animadas y sudorosas a pesar del frío de diciembre! Pero qué bellos los abrazos y los besos y yo preparado para recibir un besito de Maguí que no llegó y por eso lo quería tanto... Qué te pasa, me decía Cris, por qué tanta fuerza, qué escondes ahí debajo, y yo venga, que te calles, que me hago mucho pis, me meo encima, ten cuidado que disparo, le contestaba para que se riese de mí y no reparase en que llevaba un animal hambriento en los calzones al que intentaba dejar fuera de combate oprimiéndolo aún más.

MUCHO ME GUSTARON LOS secretos toda la vida, toda. Porque a mí las cosas me gustan mucho o nada y de un modo enfermizo tengo que posarme en los extremos. Así callé cuando partiste y a nadie dije nada, palabrita que de ti no hablé, Laura, que no pude abrir la boca. Que para el resto me fui contigo y hoy estoy otra vez aquí en la estación viendo los trenes pasar. Impedido de por vida. Esperando la cola en taquilla, incapaz de comprar un billete. Despidiéndome desde las vías, adiós mi amor, adiós mi Laura querida, adiós. Al otro lado Vigo y todas las calles largas y las avenidas y los edificios altos y la ría entrando desde el tren que ya se marcha. Se marcha el tren, adiós, adiós, adiós. Adiós, Vigo, que no puedo ni acercarme a ti. Porque si a ti me acerco, me muero y no sé si hay algo después. No sé si hay algo después que se parezca al antes. Porque si todo es un engaño y el después es un mundo nuevo y tú no estás, no quiero cruzarlo. Porque si me quitan lo que tengo y vuelvo a nacer y no soy Pedro, tu Pedro, ya no quiero. No quiero. No quiero, no puedo. Aquí me quedo en el andén. Otra vez en la estación viendo pasar los trenes.

LA ORILLA DE LA ría está plagada de peces muertos y se pelean a primera hora las gaviotas. Desgarran los cadáveres chapoteando de un modo torpe y aparatoso. No hay sangre, solo escamas. Al acabar el banquete y alzar el vuelo, los restos son arrastrados por la marea. Entran y salen de la ría, acunadas las espinas por la rítmica paz del agua y su ciclo.

Una vez, comimos sardinas en la noche de San Xoán. Mojamos en el pan sus vísceras, bebimos un Ribeiro delicioso y con los dedos grasientos dejaste que te acariciara la frente. Qué calor hacía al lado de las brasas, en la Asociación de Vecinos de Lavadores. Te maravilló su estructura, los extensos jardines por debajo, las columnas de piedra, el patio interior en el que celebrábamos la vida. ¡Qué orgulloso me sentí de pronto! Tú con los ojos tan abiertos, yo besando y abrazando a las mujeres que me habían visto crecer. Aquí aprendí a tocar el piano, me aventuré a contarte. La profesora se llamaba Verónica, su pelo negro como el carbón, la voz ronca, el fuerte olor a tabaco negro. Acudí a sus clases cada miércoles durante diez años, hasta que cumplí los dieciséis. Te lo juro, me acuerdo, y muevo alegremente los dedos en tu muslo. Tú te ríes a carcajadas y me levanto danzando y tarareando, agito el índice como dirigiendo una orquesta imaginaria de pececillos. Te ríes tanto junto a la hoguera...

Y era inmenso el fuego y tan pequeño. Y era yo inmenso frente al calor y quise entrar. Entrar como en un vientre y arder suavemente sin dolor y sin más ruido que el murmullo de los vecinos que

poco a poco se acallaban ante la belleza única que era el fuego. Y los pedazos de madera que crujían y las chispas que reventaban en el aire y los niños correteando cada vez más despacio y sus pasos en la tierra retumbando como mi corazón. Y había una armonía y quise cruzar y no crucé. No crucé. Me contuve como piedra porque me agarraste la mano y tu mano era el fuego único y quise no solo hacer el amor porque tuve una erección, sino dormir en tu calor lo que durara una existencia.

Te dije, no te vayas, quédate a dormir, mañana desayunaremos en mi barrio. Si vamos temprano conozco un café que abre a primera hora para ver amanecer. No te vayas... ¿O no te lo pedí?

Se desdibuja mi recuerdo, el color de tu pelo, las caras de la gente, el olor a lumbre, el sabor del humo. ¿Qué parte de lo que recuerdo sucedió en realidad? ¿Cuánto hice yo por demostrarte lo que sentía?

Las gaviotas chapalean y graznan insufribles. La cabeza calada para el resto del día, encharcada por la resaca de la memoria.